



PROEMIO



Parva magnis.

El amor que profeso á mi suelo natal y el convencimiento que abrigo de que volverá á ser grande y respetado si todos sus hijos, en la medida de sus fuerzas, cooperan á disipar las sombras que envuelven su pasado y á preparar los elementos de progreso de su porvenir; me indujeron á insertar en *EL COMERCIO*, que publicaba una edición extraordinaria con motivo de las últimas fiestas julias, un artículo concierne á la guerra de la Independencia.

Sostuve la siguiente tesis: la intervención de los peruanos fué decisiva para destruir el régimen de la Colonia.

Concretándome á las batallas de Pichincha, Ayacucho y Junín, expuse que la primera se ganó porque el batallón N.º 2 del Perú, posesionado audazmente, antes que los españoles, de las alturas del volcán, impidió que los soldados de Aimerich rechazáran á los de Sucre que, en su movimiento de ascensión, no estaban ordenados en línea; que, en la segunda, la carga de Córdova, que consumó el desastre de La Serna,

no hubiera sido factible, si La Mar, al frente de la división peruana, no resiste con tenacidad y raro acierto militar el empuje de Valdés; y que, en la tercera, los colombianos fueron completamente vencidos, tornándose en victoria la derrota, por haber tomado parte en la acción, con asombroso denuedo, el escuadrón de compatriotas nuestros que mandaba Suárez.

Canterac, batiendo en Junín á Bolívar, reducía el ejército de éste á un peligro casi insalvable. La caballería triunfante, unida á la infantería que desfilaba por el camino de Carhuamayo á Jauja, sumaba una fuerza superior en número á la del Libertador, y al caer sobre ella, aprovechando de las circunstancias del momento y de los accidentes del terreno, no es aventurado suponer que en los fastos de nuestra historia no figuraría Ayacucho.

Debe considerarse como notable en extremo el influjo que en los acontecimientos posteriores tuvo la imprevista victoria de los independientes. Aduciré tres autoridades que no pueden ser tachadas de parciales.

El historiador chileno Bulnes, siempre pronto á herir nuestro sentimiento nacional, dice en su obra *Ultimas campañas de la Independencia*: «Los sables que destrozaron á la caballería española en la pampa de Reyes, rompieron el anillo más fuerte de la cadena que mantenía el

Perú atado á la dominación española». (*) Escribe el historiador peninsular Torrente, defensor oficial de los hechos de sus compatriotas en América, en su *Historia de la revolución hispano-americana*: «La derrota que sufrieron las tropas realistas en Junín, hizo sumamente crítica la situación del virey Si esa acción se hubiera ganado, habría iniciado una serie de triunfos; se perdió, y no sobrevinieron sino contrastes y reveses». (**) El mismo Canterac, sobre cuyos hombros, como general en jefe, pesa la responsabilidad del fracaso de la jornada, en carta á Rodil, dirigida poco después de haber visto brillar las lanzas de los húsares de Suárez, exclama: «¡Esa victoria, que era nuestra, decidía á nuestro favor la campaña!» (***)

EL TIEMPO tuvo á bien dedicar á mi modesto artículo otro que reproduzco íntegro. En medio de frases elogiosas, inmerecidas, á no ser en lo que se refiere á la elevada intención y al espíritu de absoluta justicia que guió mi pluma, formula observaciones que ponen en duda que yo haya estudiado á fondo las fuentes de lo que relato, evitando incurrir en errores que, en asuntos históricos, suelen resultar de trascendencia.

(*) P. 543.

(**) T. III, p. 478.

(***) *Memorias del general O'Leary*, Narración, T. II, p. 272.

He recorrido, con frialdad, mis afirmaciones; he compulsado de nuevo, uno á uno, los manuscritos, periódicos de la época, folletos y libros que me sirvieron en el momento, en realidad rápido, de mi trabajo; y nada hallo que modificar que sea substancial ó que no ofrezca relación con algunas faltas, á veces de concepto, más imputables al tipógrafo que á mí.

El público lo apreciará en el presente opúsculo, en el que, no por hacer un lujo de erudición que quise economizar á los lectores de *EL COMERCIO*, sino para demostrar que me ceñí, con todo rigor, á la verdad histórica, coloco, al final, citas numerosas y de fácil examen.

Como Prescott — séame lícito, siquiera por el símil, aproximar el mío á su egregio nombre — «dejo en pié los andamios después de terminar el edificio». (*)

Aunque, en mi afán de aclaración y comprobación, temo no haberlo conseguido siempre, he procurado, sin embargo, no incurrir en el defecto de que tan donosamente se burló Cervantes cuando, en el prólogo de *El Ingenioso Hidalgo*, hace dar éste consejo á su fingido interlocutor: «Para mostraros hombre erudito en

(*) *History of the Conquest of Perú*, Nueva York 1878. prólogo, p. IX.

La pintoresca frase original es "I have suffered the scaffolding to remain after the building has been completed."

letras humanas y cosmógrafo, haced de modo como en vuestra historia se nombre el río Tajo, y veréisos luego con una famosa anotación, poniendo: *El río Tajo fué así dicho por un rey de las Españas: tiene su nacimiento en tal lugar y muere en el mar Oceano, besando los muros de la ciudad de Lisboa. Es opinión que tiene las arenas de oro.*». (*) Los escritores del siglo XX se han sacudido, por lo general, de la preocupación de sabiduría que obsediaba á los del siglo XVII.

Se observará mayor amplitud en determinados puntos del texto que he juzgado conveniente acentuar, respecto al artículo primitivo. No tengo ya delante el breve espacio que proporciona un diario: tengo las páginas de un folleto que espero tomen manos patriotas y lean ojos benévolos.

(*) *El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha*, Madrid 1608, p. 3.



dieron las victorias inmarcesibles que llevan tales nombres.

Pero escribiendo para un artículo de diario sobre tan delicada materia, no era fácil que el señor Izcue llenara su objeto, pues bien sabemos todos que la comprobación histórica reclama acopio detenido de antecedentes, noticias, informaciones y, sobre todo, documentos históricos, cuya síntesis sería imposible realizar de momento y en las estrechas dimensiones de una hoja política.

Con todo, hay que agradecer al laborioso y fecundo Director de Instrucción pública tan oportuno y meritísimo afán. El puede servir, por lo menos, para encaminar á otros, no tan embargados como él por las faenas de la Administración, á la realización de una obra que reclaman, de consuno, la necesidad de reconstituir, sobre bases estrictamente científicas, la historia de la emancipación americana, el sentimiento de la dignidad nacional, ultrajado por las opiniones que historiadores extranjeros, y aún los nuestros, han vertido sobre ella y el deber moral que tenemos de revindicar nuestros títulos en el proceso histórico de aquel magno episodio.

Hace ya largos años que un historiador chileno, don Gonzalo Búlnes, en el estilo ardoroso y sugestivo que le es peculiar, pero con la falta de serenidad y de profundidad en la investigación que caracteriza á todos los historiadores de ese país, comenzó á publicar una serie de libros destinados á presentar al Perú como un pueblo exento de virtudes patrióticas, refractario á los nobles entusiasmos de la libertad y dispuesto á prestar su concurso á los despotismos y opresiones políticas. En desarrollo de esa tesis dió á luz, primero, su libro titulado *La expedición libertadora* y, un poco después, *Las últimas campañas de la Independencia*, en que fué hasta pretender que la emancipación del Perú y del Alto Perú

se había realizado contra la voluntad de estos pueblos; y, algo más tarde, escribió una historia de la Confederación Perú-Boliviana; libros todos empapados en el empeño de justificar, por medio de un desenvolvimiento histórico puramente fantástico, la conducta posterior de su patria en sus relaciones con el Perú.

Detrás de Bulnes han venido otros escritores de menor cuantía que, tomando como pretexto, unas veces, los intereses comerciales, y otras, las relaciones diplomáticas, han proseguido esa innoble tarea de devastación moral del Perú, falseando su historia, y que vendría á servir de complemento, en la nuestra, á la obra de devastación material y económica que nos trajo la guerra de 1879.

Hace ya mucho tiempo que ha debido emprenderse la refutación de esos libros. El Perú no puede consentir en que así se mistifique la verdad, y con ella, la de un acontecimiento de tanta trascendencia como la emancipación americana. La tesis que informa esas obras y los hechos en que aparece sustentada, son falsos: poseemos el mejor archivo oficial de esos tiempos y se conservan vírgenes, todavía, los que pertenecieron á los jefes militares de la gran epopeya. ¿Qué podría, pues, impedirnos devolver á la historia sus fueros y al pueblo peruano, en sí mismo, los lauros que se trata de arrebatarle?

El Presidente de la República se complacía, hace dos noches, inaugurando el Instituto Histórico del Perú, y expresaba su confianza en que, con el ilustrado concurso de sus miembros, se reconstituiría el edificio de la historia nacional. Pues bien, allí tienen el Gobierno y el Instituto Histórico un medio de comprobar el provecho de su organización. Recojan la idea, tomen á su cargo la faena esbozada por el Director de Instrucción Pública y promuevan la elaboración de una obra que abarque el noble y

justiciero pensamiento de restablecer la verdad histórica así adulterada, y habrán realizado una obra positivamente provechosa para la honra y el prestigio de la República.

(*El Tiempo de Lima*, 31 de julio de 1905).

